



VOCES DEL DESIERTO

UASLP

VOCES DEL
DESIERTO

VOCES DEL DESIERTO



D. R. © Clara Margarita Pérez Guerrero
D. R. © Samantha Covarrubias
D. R. © Marcos Francisco Martínez Aguilar
D. R. © Ángel Daniel Rodríguez Castillo
D. R. © Juan Manuel Espinosa Delgado
D. R. © José Israel Bravo Díaz
D. R. © Luz Vanessa Estrada Ramírez
D. R. © José Luis Arguelles Ojeda
D. R. © María Cruz del Rocío Terrones Gurrola
D. R. © Omar Esparza Montoya
D. R. © Ricardo Israel Velázquez Peña
D. R. © Aneth Michelle Cruz Méndez
D. R. © Esteban Rodríguez Torres
D. R. © María Fernanda Calvo Banda
D. R. © Jennifer Leonor Rodríguez Hernández
D. R. © Julián Galván Espinoz
D. R. © Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Primera edición impresa: ISBN: 978-607-535-422-4

Edición a cargo de la Dirección de Fomento Editorial y Publicaciones y la Secretaría de Difusión Cultural de la UASLP.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

CONTENIDO

1 EL TESORO DEL ÁNGEL

Clara Margarita Pérez Guerrero

2 HIKURI DE TÁTE

Samantha Covarrubias

3 UNA ESFERA EN EL DESIERTO

Marcos Francisco Martínez Aguilar

4 CÁLIDO

Ángel Daniel Rodríguez Castillo

5 CUCO

Juan Manuel Espinosa Delgado

6 DESPIDO

Ricardo Sael

7 EL TESORO PERDIDO

José Israel Bravo Díaz

8 EL ESPÍRITU DEL DESIERTO

Luz Vanessa Estrada Ramírez

9 MIISU, YÁAVI Y TATEI;

UNA AVENTURA EN EL DESIERTO

José Luis Arguelles Ojeda

10 HAMBRE

María Cruz del Rocío Terrones Gurrola

11 JIM Y EL ZORRO

Omar Esparza Montoya

12 DĒSERERE

Ricardo Isael Velázquez Peña

13 DÍA 435

Aneth Michelle Cruz Méndez

14 EL CAMINO

Esteban Rodríguez Torres

15 EL GUARDIÁN

María Fernanda Calvo Banda

16 VOLANDO POR AQUÍ Y SIN ROCÍO POR ALLÁ

Jennifer Leonor Rodríguez Hernández

17 VOCES DEL DESIERTO

Julián Galván Espinoza

1

EL TESORO DEL ÁNGEL

Clara Margarita Pérez Guerrero

Hace un tiempo, en el año de 1969, vivían sólo ocho familias en el llamado Cañón de Yerbabuena, en Ayahualulco, una de las regiones desérticas de San Luis Potosí. Las personas mayores aseguraban vivir en un lugar mágico, afirmaban inclusive que Dios les hablaba.

Un niño llamado Ángel, oriundo de aquel tan singular lugar, contaba con nueve años de edad y se divertía a costillas de los investigadores que preguntaban por los hundimientos y las grietas naturales de aquel cerro, así como de la zanja profunda y estrecha entre dos paredes casi verticales que el paso del tiempo formó justo el cañón; este pequeño travieso los bromeaba, asegurándoles que la tierra roja que se observaba en los hundimientos, era señal de las personas que se había comido la tierra, generando en los visitantes, por lo menos la duda.

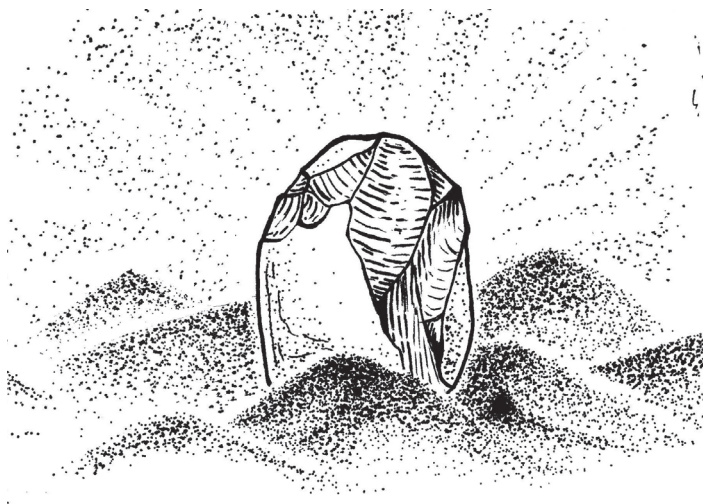
Los domingos después de orar y almorzar conejo, zorrillo o rata de monte, guisos acompañados de aguamiel, pulque o mezcal, que tomaban los adultos, el pequeño travieso, junto con otros niños, se deleitaba con el delicioso queso de tuna, mientras escuchaba las historias acerca de un gran tesoro en el desierto y la imaginación de Ángel volaba, visualizando cofres llenos de monedas de oro y joyas, como en los cuentos clásicos que su mamá le contaba antes de dormir. Su espíritu aventurero y curioso no tenía límites, era tan parecido al de Don Gabriel, su padre, quien, por cierto, manejaba con gran pericia, además de su camión, las lenguas náhuatl, pame y tenek, para desempeñar con eficiencia su oficio de comerciante.

En la siguiente luna llena aprovechando un viaje de su padre, el niño sin perder tiempo se colgó su mochila vieja y después de caminar varias horas por la orilla del riachuelo, en un pequeño risco, se quedó dormido, soñando con el gran tesoro del desierto, una obsesión que le hacía soportar el frío tan intenso. Al despertar, con los primeros rayos del sol, entró en una gruta muy oscura; lo increíble fue que a medida que

se adentraba, comenzaron a reflejarse luces de colores en unas pequeñas piedrecillas, azules, verdes, amarillas y cafés, casi todas redondeadas en sus bordes por completo. Al intentar buscar de dónde provenía tanta luz, pudo observar que del techo colgaban cientos de candelas de piedra de todas formas y tamaños color cera, así fue descubriendo desde olores agradables que nunca antes había percibido, grietas y enormes agujeros fantásticos que nunca imaginó; lo que más le inquietaba era resolver el misterio de dónde provenía la luz, que por cierto le generaba bienestar. Con tantas maravillas por descubrir, fue perdiendo la noción del tiempo, hasta que tuvo que reconocer que estaba perdido, que no tenía idea de cómo volver a casa; lo extraño es que no sentía miedo, pero en ese momento recordó a su madre, a quien le guardaba cierto rencor por haberse ido a ver a sus abuelos al país vecino y no volver desde hacía muchos meses. Sus lágrimas brotaron incontenibles y extrañamente la luz se hizo menos intensa, y le pareció que alguien afuera, gritaba su nombre; a pesar de sus lágrimas, observó la figura de una mujer e inmediatamente reconoció a su madre. —¡Mamá, has regresado! —, y después de un largo abrazo, Yeyetzi su madre, secó sus lágrimas con el chal que llevaba y le dijo: — No te asustes, Ángel, yo te enseñaré el camino. ¡Nunca estarás solo! ¡siempre que me necesites, caminaré contigo!— Al salir, cubrió la cabeza del niño, pues la temperatura en ese momento, superaba los 40 ° C.

Camino a casa, platicaron acerca del misterio de la luz del túnel, Yeyetzi le aclaró que esa luz emana de nosotros mismos y se llama la felicidad interior por ello debía evitar el rencor, pues esa energía tan valiosa, podría apagarse incluso para siempre. Llegando a casa, en presencia de los abuelos, su madre puso en sus manos una piedrita de cada color de aquél lugar mágico y le dijo: —Tómalas, es un regalo de la madre tierra, para que la luz de la felicidad esté siempre contigo—.

El abuelo conmovido lo abrazó y le dijo: —Ahora conoces parte del gran tesoro que tiene el desierto para los que habitamos el planeta, algún día los conocerás todos. Pero por lo pronto te voy a confiar mi secreto —y al oído le dijo: —Ni mitz tlazohtla nochi noyollo —y Ángel le contestó emocionado: —Abuelo, éste sí que es el mayor de mis tesoros—.



2

HIKURI DE TÁTE

Samantha Covarrubias

En el desierto de Catorce, en uno de los más emblemáticos del estado de San Luis Potosí, se encuentra una niña llamada Táte de origen wixárika. Táte, una niña muy linda y sonriente, amaba y cuidaba de la naturaleza como todos en su familia. Cada mañana al despertar, su madre ponía un poco de agua en su guaje, manzanas y mangos en su morral. Táte caminaba varios kilómetros para llegar al lugar donde su familia y ella hacían su ritual a los dioses.

En una bonita mañana, Táte se encontraba en el altar wixárika, se puso de rodillas, dio gracias a los Dioses por los cielos, la tierra, los animales y el agua, le dio un tierno beso al suelo donde se posaba el altar, y siguió caminando alrededor del lugar. Llegó donde tienen el Hikuri Sagrado, y junto a él grandes cactus, magueyes, nopales y biznagas lo protegían de los ladrones que querían arrebatarlo de la Madre Tierra. Táte se encargaba de cuidarlo cada día, se sentaba en una piedra al lado de un mezquite, comía su merienda que su madre había preparado para ella y le cantaba al hikuri, como una madre le canta a su hijo al dormir.

Se hacía noche y Táte debía regresar a casa, pero a lo lejos observó a tres personas que se acercaban al lugar donde se encontraba el hikuri, eran ladrones que perseguían un hermoso venado con grandes cuernos y pelaje del color del tronco de un árbol. Uno de ellos iba directamente a cortar el hikuri, mientras que los otros dos perseguían al venado; Táte corrió lo más que pudo para salvar al hikuri, pero uno de los disparos que eran para el venado, dio directo en el corazón de Táte, quien cayó en la tierra donde el hikuri había sido cortado hasta la raíz por el ladrón. La sangre de Táte corría por sobre la tierra, mientras que los ladrones huían sin el venado y con un morral lleno de hikuri. Los chiquitos y bonitos ojos de Táte miraban el cielo estrellado, por los pocos segundos que siguió con vida. Momentos después Táte se encontraba con los dioses, quiénes

la recibieron con júbilo y le agradecieron por haber luchado por cuidar de su tierra y la nombraron Táte Iolianáka (Diosa de la Tierra).

El lugar donde murió Táte fue tierra fértil para que crecieran grandes y preciosos hikuris, que florecían cada primavera con flores abundantes y rosadas. Los wixárikas adoraban a la Diosa de la Tierra, y agradecían por el Sagrado Hikuri que les regalaba.



3

UNA ESFERA EN EL DESIERTO

Marcos Francisco Martínez Aguilar

El corazón del caracol tenía la resonancia de la luz de la sequedad, de la tierra y de la eventual agua, en aquel momento los elementos se reunieron, y del núcleo de su corazón surgió una planta, como una semilla, como una pequeña alcachofa, y en su entraña, el rojo de la sangre, el amarillo del sol y el verde de la vida esperaban..., esperaban. Casi cien años después los conejos, los coyotes, las serpientes, los lagartos y algunos humanos pasaban, corrían, daban vueltas en su entorno, esperaban, todos esperaban.

Un buen día, aquella que fue una pequeña alcachofa creció y se fortaleció, engordó con la fuerza de la tierra, con el rigor del viento, con el sol quemante, con la ocasional agua que le quitaba lo cenicienta, era una gran esfera, pero algo le había pasado, por todas partes le surgieron espadas, unas tan grandes que los ocasionales y distraídos pájaros que se aventuraban a tocarla eran ofrendados y su sangre penetraba en las entrañas de la tierra.

Cien soles de verano, cien lunas de invierno, cien épocas de lluvia que no siempre acudía, recorrieron los cielos, cien temporadas de heladas y cien de vientos corrieron. Todo pasaba como si no pasara, como si el tiempo no existiera, de hecho, para la esfera, ahora robusta y con esas grandes espinas, no pasaba el tiempo.

Dicen que cerca de ella pasaron los hombres con sus carretas de oro y plata, pasaron algunos venados y se extinguieron, siguieron pasando los colibríes, las serpientes y en su casi efímera sombra se estacionaban los lagartos esperando una presa... El tiempo pasó.

Dicen los viejos que el tiempo no existe, que el tiempo se conforma de alegrías, de lágrimas, de sol y de viento. El tiempo pasó, los niños se convertían en abuelos y con sus nietos pasaba lo mismo; la esfera crecía y los hombres cambiaban, venían e iban; la esfera crecía lento, con viento, con sol, con sangre de

pájaros; las espinas crecían y nadie, ni animales, ni hombres, ni los espectros del venado y el indio le tomaban en cuenta.

Un buen día, cerca de los días del mártir, cerca de los días de sol sin nubes, cerca de los vientos arrebatados y los días en que la luna parece bajar hasta el desierto, de la esfera surgieron pequeñas esferas, primero de color verde terroso, que pasaron a verde de vida y luego a estas esferas les surgieron coronas, majestuosas, amarillas como la luz de la tarde y como la luz que se va tras resistirse y sangrar al atardecer, tras resistirse a morir un día más.

Dicen que los huachichiles le llamaron cabuche, lo que significa se perdió en las lenguas de los tiempos y los hombres, en el ir y venir de las generaciones, pero también dicen que cada cabuche encierra al amarillo del sol, la delicadeza del viento de la tarde, la sangre de los pájaros de cien años sacrificados en la biznaga y el agua recolectada sin prisa y sin tiempo porque el cabuche encierra los elementos de cien años de desierto y los secretos de los hombres, de las serpientes, de los lagartos y de los colibríes sacrificados entre arena, sol y viento.



4

CÁLIDO

Ángel Daniel Rodríguez Castillo

Hola lector, espero te encuentres bien, escribiré un poco mientras sigues leyendo. Quizás pienses que estoy solo, pero tal vez y eso no sea cierto, quizás soy un poco frío para contarte sobre mí, pero la verdad es que solo soy así por las noches. Hoy por la mañana me encontraba tranquilo viendo el amanecer, estaría mintiendo si no te digo que no hay cosa más hermosa, pero en realidad estoy muy acostumbrado a ello, obviamente también el atardecer es hermoso. Ha pasado mucho tiempo desde que no veo alguna nube por aquí, es raro el olor a humedad pero, fuera de ello, aquí es pura vida; ni modo de ocultar que hay momentos en los que hay tormentas dentro de mí, que no son de llanto ni nada por el estilo, sin embargo, es una gran cantidad de partículas de una granulometría muy fina que son horribles, me irritan la piel y me quitan el oxígeno; pero esto es mínimo, hay personas que tienen verdaderos problemas en su vida, lo mío es simple y tarde o temprano puede cambiar.

Hoy por la mañana estaba viendo el amanecer, descubrí que ha crecido un pequeño cactaceae en mí, muchas de las personas los llaman cactus, pero en realidad yo les llamo *cactusaurios*, no lo entenderías, es un pequeño chiste que inventé con mi amiga la luna, ella dice que en mi mundo ve dinosaurios, es una larga historia, pero mejor prosigo. Es muy genial que pasen este tipo de cosas, yo tengo mascotas y estas noticias las ponen felices, ya que suelen usar a los cactusaurios de hogar, es una cosa muy distinta a lo que le pasa a mi primo que vive en la Antártida, es todo lo contrario a mí, mi piel crece cada año mientras que la de él, pareciera que se derrite, yo soy de piel morena y él de piel azul, es raro, siempre es frío, yo le digo “desierto de hielo”, en fin; muchas personas vienen a visitarme, soy más que nada como un centro turístico o algo por el estilo, en realidad me gusta ver el lado bueno de todas las cosas, tal vez por eso sea muy feliz, como una vez me dijo un andante en camello:

“no te quedes en aquellos lugares en donde te sientes incómodo”, y es verdad, antes de hacer feliz a los demás deberías ser feliz tú mismo, muchos piensan que estoy solo, que soy frío y aburrido, pero a pesar de todos esos paradigmas, soy aquel que ama, que aprecia y agradece por lo que tiene, tal vez no tenga mucho que contarte, perdón por quitarte tu valioso tiempo, pero me ha gustado que hayas llegado hasta aquí. Mi nombre es cálido como el desierto, y sin tanto rollo, tómate tu tiempo apreciando tu vida.



5

Cuco

Juan Manuel Espinosa Delgado

Algunos días mi padre me lleva a caminar por el desierto, me fascina salir temprano con él cuando observo en el cielo tonalidades rosas y anaranjadas, me gusta el fresco de la mañana cuando acaricia mis mejillas sonrojadas. Recordaré siempre ese gran día de excursión, porque salimos y apresuramos el paso para dirigimos hacia el monte, entre mezquites y matorrales de hierba gobernadora.

De pronto, dijo mi padre: —¡Cuidado! No lo vayas a pisar. —Se agachó, se puso en cuclillas y tomó con su mano un pequeño animalito que se camuflaba entre la tierra, lo colocó en la palma de mi mano derecha, sentí su pancita plana y fría, era un pequeño dinosaurio, un reptil o un monstruo de desierto de color arena, no era pesado, tenía unos cuernitos en su cabeza, sus ojos saltones, y una pequeña cola como si fuera lagartija, entonces, giré mi cabeza hacia mi padre y le dije:

—¿Eso qué es papá, cómo se llama?

—Es un lagarto cornudo de cola plana del desierto. —Me contestó. —Están en peligro de extinción, otras personas les dicen camaleones de desierto porque se mimetizan con la arena y las rocas del desierto del altiplano potosino. Es un animalito inofensivo.

—¿Y de qué se alimentan papá? —Le dije asombrado.

Mi padre me contestó sonriendo: —De insectos, principalmente de hormigas, aunque también consume mosquitos, arañas no ponzoñosas, grillos, escarabajos y moscas.

Lo bajé lentamente y lo puse en la arena, se movió hacia adelante, buscó una roca que daba sombra y ahí se fue enterrando poco a poco entre la arena.

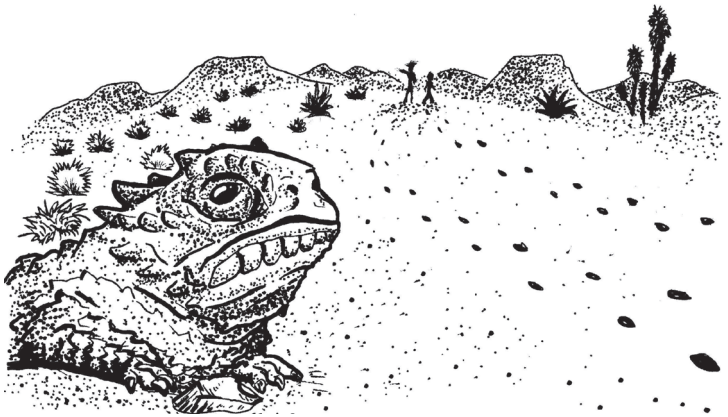
Me quedé pensando un poco en qué será de ese lagarto cornudo al dejarlo en medio de un extenso desierto donde seguramente tendrá aventuras y tratará de sobrevivir ante la amenaza de halcones, buitres, serpientes y toda clase de depredadores que habitan en el desierto.

Miré a papá y le dije: —Cuco se llamará.

Y ahí estaba camuflado y apenas lo distinguía, miré hacia el horizonte y le dije a mi padre:

—Vamos a continuar con la excursión porque mi nuevo amigo Cuco, su camino tiene que retomar.

El sol ya había salido, proyectaba la sombra de las siluetas de mi padre con la mía después de vivir esta maravillosa experiencia. Continuamos caminando por el majestuoso y extenso desierto que siempre nos regala un sin fin de aventuras y enseñanzas.



6

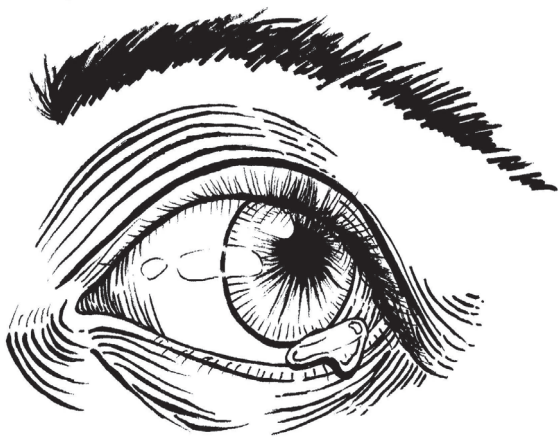
DESPIDO

Ricardo Sael

La arena entraba en mis zapatos, el sol me pegaba en el rostro lo que producía la descamación de mi frente y manchas en mi piel. Me perdí camino a casa, me perdí en búsqueda de mi propósito. Se dice que las personas tienen que salir a buscar su destino en lo que les apasiona, muchos salen, pero solo un puñado de ellos encuentra lo que buscaban, o eso es lo que dice la gente. Yo no tuve tanta suerte, soy uno de los muchos que salió lleno de expectativas, sueños, planes y, al final, creo que las cosas no resultaron, me quedé naufragando en lo que alguna vez fue un mar. Miré al horizonte en búsqueda de una oportunidad, yo en mi ingenuidad, sabiendo donde estoy parado, aun buscaba una oportunidad de lograr lo inimaginable por los hombres. Recordé todas aquellas historias de personas que me inspiran y comparé sus inicios con el mío, los comparaba porque yo ya sabía que las personas que yo idolatraba eran unos vagos desconocidos que no tenían nada y de un punto a otro lograron lo inimaginable a los ojos del seguidor común. Pensé un poco sobre mi camino, pero mi mente divagaba por la tristeza y autocompasión, aun así, hice un recorrido de mi camino, pero la tristeza que tenía en ese momento nublaba mi pensamiento y puesto que la mente es poderosa, logra convertir recuerdos felices en tristes y la furia en melancolía pura.

Después de estabilizar un poco mi pensamiento y mis emociones, después de haber viajado tanto en el tiempo y encontrarle sentido al rompecabezas que llevo armando desde que mi conciencia se inclinó a la razón, compuesto de días calurosos y noches frías, de grandes periodos con sed de hallar el camino, encontré la probablemente última gota de motivación y le di vuelo a las ilusiones. Recordé los infinitos momentos de desesperación que habían provocado mi llegada en primer lugar, sin embargo, solo unos cuantos lograron una introspección clara y concisa, al menos siempre me consideré

alguien determinado, o bueno, eso me decían aquellos que ya no puedo ver por mi ciega voluntad, pero ahora viven en mi personalidad y encarnados en mis gustos. Me paré con entusiasmo y con furia, con sed de victoria para darle sentido al camino, me sacudí el polvo del cabello, de la ropa y de los zapatos. Empecé a recorrer grandes distancias con la mirada puesta al frente utilizando todo lo que tenía, de la mejor forma que podía, recorriendo el desierto y buscando cualquier señal o movimiento que pudiese existir. Llegó la noche, no encontré nada. Lágrimas salían de mis ojos irritados por la arena, mi boca estaba seca y partida, me tumbé en el suelo con los brazos extendidos y me auto compadecí. Mi llanto cesó después de un rato, la arena se moldeó a mi cuerpo y lo único que me quedaba era contemplar el asombroso movimiento de las estrellas.



7

EL TESORO PERDIDO

José Israel Bravo Díaz

En medio del ardiente desierto, un viajero cansado caminaba sin rumbo fijo. El sol quemaba su piel y la sed lo atormentaba. El hombre sabía que su situación era desesperada y que necesitaba encontrar agua y refugio lo antes posible. En su camino sin rumbo fijo por la desolación que pasaba, se encontró con un anciano muy peculiar que le ofreció su ayuda. El anciano lo llevó a su hogar, le ofreció agua fresca y comida. El viajero agradecido se quedó allí por varios días y aprendió las formas de la vida en el desierto, sorprendido por haber creído que había visto todo a lo largo de su vida.

Una noche, mientras el viajero descansaba junto al fuego, el anciano se acercó a hacerle compañía y le contó la leyenda del tesoro perdido. Según la leyenda, un gran tesoro estaba escondido en algún lugar del desierto y sólo aquellos que eran dignos podrían encontrarlo. El viajero, inspirado por la leyenda, a la mañana siguiente se dio a la tarea de buscar el tesoro. El anciano le tendió un mapa y le describió cómo funcionaban aquellos caminos. Después de días de caminar sobre el incesante calor, así como las noches frías y oscuras en las cuales el viajero se vio envuelto, encontró a lo lejos una cueva escondida en las dunas de arena.

Al entrar en la cueva encontró un cofre lleno de joyas y oro. El viajero sabía que no podía quedarse con el tesoro y decidió llevárselo al anciano que, en un principio, le había ofrecido su ayuda sin nada a cambio y permitiéndole quedarse con él unos días más. Feliz de haber completado su objetivo, olvidó la travesía por la que había pasado antes de llegar a ello, el regreso le pareció mucho más corto de lo que había imaginado.

Al entregarle el tesoro al anciano, el viajero se dio cuenta de que había encontrado algo más valioso que el oro: la amistad y la sabiduría del anciano, así como su lealtad y confianza que habían generado en tan poco tiempo. Agradecido, el viajero decidió quedarse y vivir junto al anciano, aprendiendo de su sabiduría y disfrutando de la belleza del desierto.

8

EL ESPÍRITU DEL DESIERTO

Luz Vanessa Estrada Ramírez

Era un día bastante caluroso, el sol estaba en su apogeo y todo alrededor estaba muy tranquilo, solo se encontraban un par de lagartijas reptando y persiguiéndose entre sí. El agente 0059 se encontraba recogiendo un par de muestras de la arena, estaba cansado y sediento y aún le faltaba un buen tramo que recorrer. —Agente 0059, bitácora número 23, llevo unos cuantos días caminando y hasta ahora sigue sin haber rastros del desierto Opguana, comienzo a sentirme mareado y la arena se siente más pegajosa, aunque por los reportes de mis demás compañeros no debo de estar muy lejos—.

Aquel hombre de aspecto fornido, voz grave y abundante barba negra tenía algo de razón, no estaba lejos, a decir verdad, ya se encontraba dentro del temible Opguana y los siguientes días que logrará sobrevivir serían un verdadero infierno para él.

Continuó su camino hasta que el sol comenzó a ocultarse y el cielo se tornó de un hermoso color púrpura, 0059 decidió que quizá debería descansar un rato, para seguir su camino más noche, cuando el clima fuera más fresco y menos agotador. Se recostó sobre la tibia arena y cerró un momento sus ojos, cuando de pronto sintió un estrepitoso golpe que lo sacó volando por los aires, tardó unos segundos en reaccionar y darse cuenta de que estaba frente a dos alacranes de 2 metros y medio que no se veían nada amistosos. Como pudo, esquivó los ataques que los animales le proporcionaban, corrió lo más rápido posible sin saber que se adentraba más a la boca de la bestia.

—Bitácora... No lo sé, llevo días deambulando por el desierto, hasta ahora he sido atacado siete veces por los alacranes, casi soy devorado por serpientes y tuve que pelear contra feroces buitres, no tengo idea de cuánto tiempo más sobreviviré—. La arena comenzó a envolver al hombre ya demasiado cansado para pelear, cuanto más se solidificaba más le impedía respirar. Finalmente, el hombre terminó cubierto por la arena y siendo ofrecido como tributo al espíritu de Opguana, fortaleciéndolo cada vez más para el próximo que se atreviera a pisar sus tierras.

9

MIISU, YÁAVI Y TATEI; UNA AVENTURA EN EL DESIERTO

José Luis Arguelles Ojeda

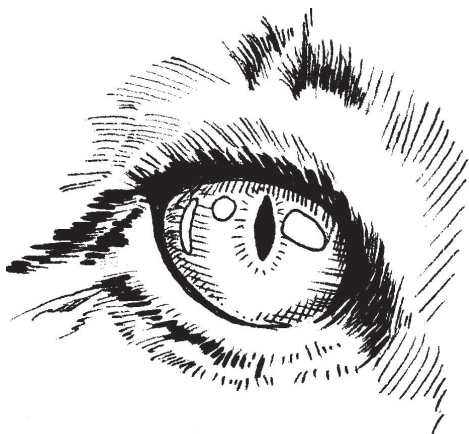
Era una fría mañana en el desierto del altiplano potosino y el joven gato montés Miisu, se estiraba a sus anchas para iniciar otro día más de aventuras. Miisu amaba la libertad y desde pequeño se acostumbró a hacer amistad con otros animales del desierto, ya que un cazador furtivo privó de la vida a su madre, obligándolo a sobrevivir por su cuenta. Fue gracias a eso que desarrolló una descomunal agilidad para las huidas rápidas.

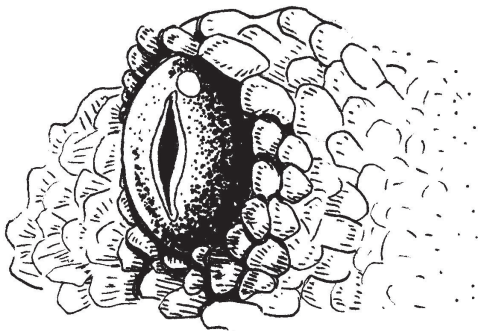
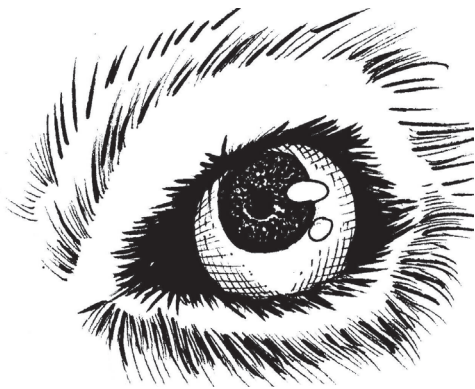
Paseando por un risco, escuchó unos lastimeros sollozos, para su sorpresa encontró a un pequeño coyote atrapado en una red, cansado y muy asustado, intentando liberarse. Al principio Miisu pensó en no ayudarlo, ya que en el pasado algunos coyotes se habían portado mal con él, pero cambió de opinión al ver a la pequeña criatura enredada en esa gran red. Le pidió que se calmara para poder sacarlo, Miisu jaló y jaló con toda su fuerza la red, hasta que por fin logró romper los hilos. Miisu le preguntó al coyote cuál era su nombre, a lo que él respondió que se llamaba Yáavi. A partir de ese momento Miisu y Yáavi fueron los mejores amigos, Miisu le enseñó a Yáavi todos los trucos para evitar las redes de los cazadores, así que se divertían evitándolos todo el tiempo.

La mayoría de sus expediciones eran de día, ya que les temían a los depredadores nocturnos del desierto. En una tarde, ya casi de noche, vieron como una gran serpiente cascabel, de aspecto poco amigable, salía de su madriguera, a lo que los dos amigos corrieron despavoridos a ocultarse y a disponerse a dormir. Se sintieron aliviados de estar a salvo de tan temible fiera. Pasada la madrugada, la presencia de cazadores en el desierto alertó a los animales, pero Miisu y Yáavi estaban profundamente dormidos, debido a lo ajetreado del día, por lo que no se inmutaron.

La serpiente, de nombre Tatei, que por su naturaleza escuchaba las vibraciones en la tierra, se percató de inmediato que

los cazadores se dirigían a donde los dos amigos descansaban, decidiendo acercarse a ellos a alertarlos, poniendo en riesgo su vida. Por medio de los túneles subterráneos, llegó rápidamente con ellos, sonando su cascabel afanosamente, logrando despertarlos y haciendo que huyeran a toda velocidad y justo a tiempo para ponerse a salvo. Al día siguiente, Miisu y Yáavi, encontraron a Tatei, llevándole de obsequio sendos ratones para demostrar su agradecimiento y de esta manera hicieron una nueva amiga, entendiendo ambos que el aspecto puede engañar, pero las acciones cuentan más. Miisu, Yáavi y Tatei fueron entrañables compañeros de aventuras, aprovechando las cualidades de cada uno para sobrevivir.





10

HAMBRE

María Cruz del Rocío Terrones Gurrola

—¡Pero tenía hambre! —Me gritó mientras lágrimas mugrientas recorrían su rostro sucio lleno de tierra. —¡Tenía hambre y no sabía que hacer! —Se acercó titubeante, rehuendo mi mirada, arrastrando los pies a cada paso; uno, dos, tres pasos pudo dar antes de caer de rodillas frente a mí, rogando, suplicando, explicando —¡No sabía que hacer! —No pude decir nada y me quedé quieta mientras lo veía con el rabillo del ojo. Mientras retumbaban en mi cabeza sus palabras... “el hambre”.

Hablaba con la voz entrecortada, las lágrimas, el miedo y la resignación se le agolpaban en la garganta mientras su mirada se perdía entre los arbustos de color verde grisáceo, entre las palmas que no eran más que gigantes sedientos, ásperos e inmóviles.

—Cinco días salí al monte a buscar comida. —Me dijo con voz baja, como si se avergonzara de las palabras que salían de sus labios. —Cinco días y no encontré nada, pude haber robado, pero ¿cómo iba a robarle a otros igual de fregados que yo?, ¿qué les iba a robar si no tienen nada?, si también tienen hambre, si desde hace unos años no hay conejos, ni ratas y no crece nada, si no llueve, si este desierto lo consume todo. —Abría las manos mientras volteaba su rostro hacia arriba como buscando una explicación que no tenía y negaba una vez y otra, y lloraba lágrimas de tierra.

—El quinto día, —dijo con una voz llena de resignación, —llegué, y mis hijos, que me habían llorado por el dolor de panza de comer tortillas duras, no me esperaban en la entrada como siempre. —Agachó su rostro hacia el suelo y sus manos temblorosas se aferraron a sí mismo, abrazándose a su pecho con fuerza.

—Debió haber sido este aire seco que se te cuele hasta los huesos, este calor desesperante y asfixiante, debió haber sido la sequedad de su boca lo que la volvió loca, la que, como un perro rabioso no supo hacer otra cosa que volverse loca irremediablemente.

—Guardó silencio de pronto, mientras se arrastraba a gatas, moviéndose como un animal herido, mientras ponía su rostro encima del mío y buscaba mis ojos, viéndome sin ver, tanteando el suelo con sus manos y murmurándome que había sido el hambre, rogándome por una explicación que yo tampoco podía darle.

Yo nací ahí, en medio del desierto, entre la gobernadora, entre los mezquites y los cardinches. Yo nunca conocí nada más que el calor y la tierra; aquel día, tenía hambre como muchos y entré a la casita de doña Emilia. Hubiera visto usted a la mujer aquella, enloquecida meciendo a sus dos hijos en sus brazos, murmurando palabras imposibles de entender, con la mirada ausente y con la muerte en su rostro. Volteó hacia mí y por un segundo pensé que me había reconocido. Dejó a sus hijos a un lado, despacio y con tranquilidad; yo no alcanzaba a pronunciar una palabra porque el susto me había paralizado. Se puso de pie y a pesar de casi caer al suelo, por la debilidad que le provocaba no haber comido en días, se arrojó sobre mí. Salí corriendo como pude, pero después de tres pasos sentí un dolor punzante que me atravesaba y caí pesadamente sobre el suelo polvoriento. Alcancé a ver a doña Emilia cuando volvió a entrar a su casita y pasaron las horas mientras el sol me quemaba el cuerpo, hasta que don Hilario regresó y sus gritos me volvieron a la realidad.

—Siempre fuimos tan pobres, siempre tuvimos hambre. —
Le alcancé a decir antes de que se me nublaran los ojos y los cerrara para siempre.



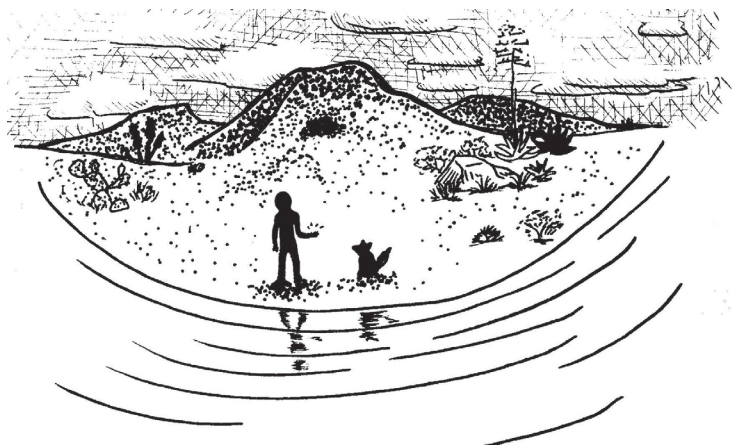
11

JIM Y EL ZORRO

Omar Esparza Montoya

Hace un tiempo, un pequeño niño, llamado Jim, quien vivía en un pueblo próximo a las orillas de un desierto, había imaginado y soñado con adentrarse en lo más profundo del desierto, la verdad es que nadie se atrevía a ir, en torno a él se especulaban leyendas, todo aquel hombre que intentase cruzar más allá de los límites permitidos, lo haría bajo su propio riesgo. En ese momento, por su inocencia, no alcanzaba a comprender o a diferenciar entre el riesgo y peligro, solo era un pequeño con mucho entusiasmo y curiosidad. Un día decidió emprender un largo recorrido adentrándose en el desierto, lo hizo lo más temprano que pudo, antes de que los rayos del sol empezaran a asomarse, pensando en que llegaría a el desierto cuando estuviese amanecido. Tras horas de largo camino, empezó a perder la esperanza y pensó en regresar, pero justo en ese momento se percató de que había olvidado cómo regresar y todo lo que miraba a su alrededor no era más que arena, pero fue en ese instante que a lo lejos pudo apreciar un pequeñito oasis y que entre más se acercaba, más grande se hacía, y como un rayo de luz, iluminó sus ojos y lo llenó de alegría. Con felicidad, Jim corrió hasta el oasis y se sumergió en él. En ese momento de alivio, recordó nuevamente que ya no sabía el camino para regresar a casa, intentó recordar los consejos que alguna vez le dieron sus padres y amigos, a los que nunca prestó la suficiente atención. Mientras se sentaba en la orilla del lago del oasis, observando y reflexionando, un zorro se le acercó, vio en Jim una expresión de angustia, a lo que le preguntó qué era lo que le preocupaba. Jim le explicó que se perdió y que no encontraba una manera de volver a casa. El zorro era astuto y con una sonrisa le dijo que él conocía el camino de regreso a su pueblo, pero que debía ofrecerle algo a cambio. Jim no tenía nada que ofrecerle. El zorro le dijo que lo siguiera hasta una colina cercana y ahí le mostraría algo que cambiará su vida para siempre. Jim siguió al zorro hasta

la colina, en donde lo primero que se encontraron fue una pequeña cueva; dentro de la cueva había miles de dijes, pero en especial uno era excepcionalmente hermoso y resplandecía por sobre los demás: un dije purpura. El zorro le explicó que ese dije podía concederle un único deseo a quien lo poseyera en su mano, pero que este deseo debía ser leal y honesto. Jim pensó en su deseo y pensó en algo que pusiera compartir con su pueblo; pensó en agua, decidió pedir que en su pueblo nunca más nadie volviera a tener sed. El zorro sonrió y le dijo que su deseo había sido concedido. En un segundo, mil recuerdos e imágenes pasaron por su mente y entonces despertó en la orilla del oasis, ¿había sido todo aquello un sueño? Abrió sus ojos y lo primero que vio fue a su madre; consternado apretó su mano y entonces ahí estaba el dije purpura, resplandeciendo; sintió un gran alivio y felicidad pues desde aquel día su pueblo fue próspero gracias a aquel deseo.



12

DĒSERERE

Ricardo Isael Velázquez Peña

Mi esposa me lo decía claramente, no debería seguir con el trekking, pero es lo que me hace sentir vivo, el lazo que tengo con el desierto es irrompible.

Ya había trazado mi recorrido en distintos lugares: Danakil, Dasht-e Lut, y justo antes de tener a mi primer hijo, el Sahara. Ahora me encuentro sintiendo la brisa y los granos de arena entre mis pies del Taklamakan en China, pero no estoy siendo del todo sensato, pero tampoco es un capricho, con mis gafas llenas de arena, contando cada paso, cada centímetro y cada estrella, la necesidad de cumplir este sueño es profunda, quiero regresar vivo para romper este lazo.

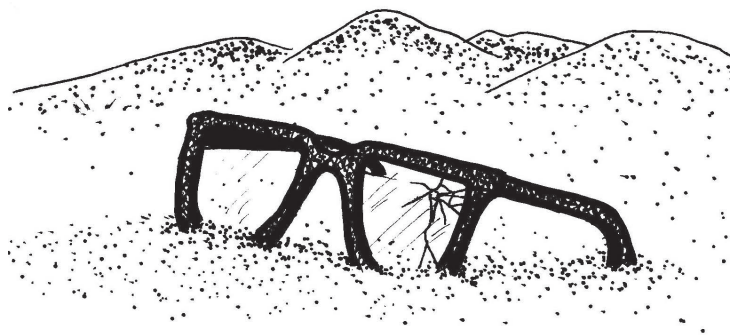
Aún recuerdo aquel día en que peleamos, las lágrimas se te escapaban, no me dejarías volver a las andadas, unas semanas antes de esa discusión, estabas en total calma, contándome lo que compraríamos para el niño que estaba en camino, pero no pude evitarlo, esta necesidad de completar el camino que una vez había trazado me hacía enojar, volví vivo aquella vez, pero no me devolviste esa mirada de tranquilidad, como me encantaría verla ahora, mientras poco a poco la noche me abraza y la arena entra a mis pulmones.

Mi pequeño, por ti prometí ya no estar aquí, pero tu madre me reprimió totalmente, vendió mi equipo de senderismo, alejó todo rastro de él, a partir de ahí dejé de ser yo mismo, solo escuchaba la fuerte voz de tu madre, que me pegaba tan fuerte, cada día, cada noche, me alejé de las personas, ya que, a sus ojos, no era un buen padre, pero tus llantos y los gritos no eran por mí, no era mi culpa... Lo siento tanto, siempre me encerraba en tu cuarto mientras tu madre te cuidaba, me sentaba y lloraba, buscando que nadie me viera, desearía poder cargarte otra vez en mis brazos, pero lo único que sostengo ahora son mi bastón para subir loess y mi mochila ya vacía.

Ya no puedo más, no me falta mucho para llegar al primer asentamiento, pero las fuerzas comienzan a abandonarme,

mi cuerpo comienza a debilitarse, mis rodillas chocan contra la arena fría, ¿Por qué tenemos la necesidad de cruzar y conquistar este camino? Al final del trazado no obtienes nada a cambio, miro al cielo... Esto es lo que sueño, esto es lo que anhelo, las estrellas alentándome a seguir, a terminar, a romper esta cuerda que me tiene atado a esta adicción, al desierto.

Me recuesto en la parte baja de la duna, hace mucho frío, me acurruco junto a la tierra, la abrazo, somos uno... Me despidió de ella, del él, de todo, al fin llegué al final del camino, al fin soy libre.



13

DÍA 435

Aneth Michelle Cruz Méndez

Desde que desperté del coma, mi vida ha sido un caos, jamás había sentido tanto impacto de algo desde que abrí los ojos por primera vez en dos años; según mi informe médico, ese es el tiempo que llevaba sin despertar, y cuando lo hice, a mi alrededor solo había cadáveres de personal médico y de pacientes, parecía una película de terror hecha realidad, los cadáveres eran recientes, pues sus cuerpos no estaban tan descompuestos..., pero solo era yo en un hospital en medio del desierto.

Lo primero que se vino a mi mente fue mi familia, así que salí corriendo del hospital, pero para mi sorpresa, las calles estaban desiertas y las casas igual, en algunos hogares había cadáveres y en otros ni siquiera había rastro de que alguien viviera en ese lugar. Tomé un auto que tenía las llaves puestas y manejé lo más rápido que pude. Cuando llegué a mi casa, me quedé helada, por mi mente pasaron mil y una cosas, porque había muchas variables de lo que había detrás de aquella puerta. Cuando la abrí, me enfurecí conmigo misma por no haber despertado antes, me sentía culpable y comencé a sollozar, mi familia estaba muerta. Mis padres nunca dejaron de luchar por mí, pienso que tenían la esperanza de que un día volviera a ver la luz del día y fue así, lamentablemente ellos ya no lo hicieron y no pude hacer nada por ellos.

Este es el día 434 desde que desperté, es mi último intento para comunicarme con alguien más, poco a poco me voy desilusionando de encontrar a alguien que me conteste algún aparato. Desde que el virus del COVID-19 mutó y mató a la mayoría de la población, y digo la mayoría porque aún tengo la esperanza de que haya alguien más con vida, trato de mantenerme firme como mis padres lo fueron conmigo... Cómo me encantaría regresar el tiempo y advertirles a todos lo que pasará. Soy una sobreviviente que una vez estuvo como vegetal, estoy asustada y sola en medio de la nada.

Casi todas las noches son iguales, largas, oscuras y me hacen sollozar por la nostalgia, todos los días voy cambiando de casa, para ver si encuentro algo que me sirva o veo si alguien regresa, pero nunca tengo suerte. Hoy decidí quedarme en la misma casa de ayer, tengo un presentimiento de que algo pasará y eso me angustia, pero a la vez deseo que pase.

Ha empezado a sonar una alarma que yo no he puesto, me he asustado y fui a esconderme debajo de la cama, hay pasos que se van acercando poco a poco y me da miedo salir, aunque estuve esperando este momento durante más de un año, siento que se me va a salir el corazón del pecho, pero presiento que ha llegado la hora de salir. No puedo creer lo que están viendo mis ojos es, es, es un niño... Él también se ha sorprendido de verme pero no se ha asustado, al contrario, le han salido lágrimas de sus ojos y me ha abrazado.

Hemos estado hablando sobre en dónde se encontraba y me ha dicho que hay un albergue lleno de sobrevivientes y que ha salido de ahí porque se les están acabando los suministros, en la mañana partiremos hacia el albergue para poder reunirnos con los demás, por el momento solo vamos a dormir un poco para recuperarnos del día tan largo que hemos tenido.

Hemos empezado el camino hacia el albergue, estoy eufórica, emocionada y nostálgica, tengo un mar de emociones dentro de mí, pero me alegra mucho que haya más personas, no puedo dejar de imaginarme cómo serán y divagar sobre eso. Mientras más nos vamos acercando al lugar, hay más árboles y más pastizales verdes, me dan una esperanza de vida y el sentimiento es inigualable.

Hemos llegado al lugar que ha dicho el niño, pero solo hay camionetas negras, y hombres de negro. No sé qué está pasando, intento preguntarle al niño que pasa, pero desvía la mirada mientras alguien me quiere subir a una camioneta, a lo que me resisto hasta casi zafarme, pero hacen que me desmaye con un paño con cloroformo...

Cuando despierto, estoy en una sala de quirófano, uno de los hombres de negro está ahí a un lado de la cama, sentado en una silla; al ver que desperté se acerca a mí diciendo por un micrófono que ya estaba despierta, me pide que lo acompañe y acato la orden para no hacer más problemas. Llegamos a una sala grande y ahí están mis padres. Me quedo helada.

Me explican que hace 435 días acepté ser parte de un experimento llamado COVID-19, que consistía en reunir a varias personas para formar parte de una realidad alterna para ver quién era capaz de sobrevivir tanto tiempo solo, sabiendo que hay una enfermedad mortífera, viendo a sus familiares, amigos y conocidos muertos. Todos mis comportamientos, actividades y movimientos fueron registrados para ver cómo reaccionaba ante cada situación que se me presentaba y todo para estar preparados si un día hay una pandemia verdadera. El niño que encontré el día 435 solo era un guía para llevarme a la salida de la realidad alterna... El saberlo me deja más tranquila, pero también me deja en duda, ¿cómo es que pudieron inventar todo esto?, ¿me estarán ocultando algo.

14

EL CAMINO

Esteban Rodríguez Torres

El sol se sitúa en el punto más alto del cielo, sus rayos abrasan cada centímetro de mi piel descubierta, mientras que mi vista es cegada bajo su imponente presencia, el calor, a pesar de su gran intensidad, no ha sido molestia, agradezco el portar un sombrero desde el inicio de mi viaje y que no me ha abandonado, de igual forma el constante viento que me envuelve y me susurra palabras de aliento al oído, ha sido de gran ayuda para refrescarme y animarme.

Observando a mi alrededor, el ambiente es carente de presencia humana, sin embargo, la soledad no es algo que me afecte, la vida sigue estando a mi alrededor, la puedo sentir en la variada flora que he encontrado en mi camino, las cactáceas tan resistentes y persistentes que se irguen sin inmutarse ante tan duro y seco estilo de vida. Mientras sigo avanzando la brisa me envuelve y me susurra “continúa”, con una voz suave y reconfortante, “ellos te esperan”, lo que me motiva a seguir avanzando.

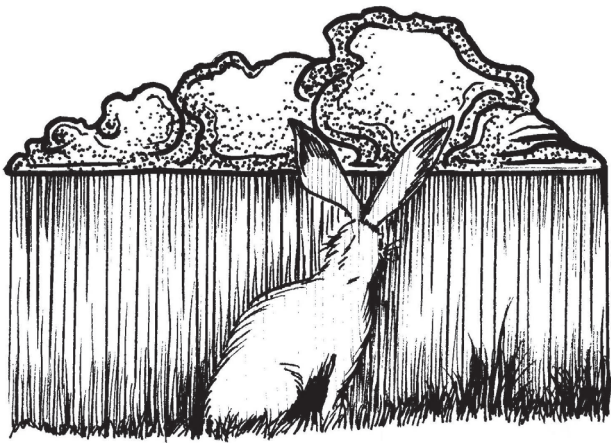
Conforme el sol desciende, marcando el final del día, el cansancio en mi cuerpo se hace presente, pero me obligo a continuar para encontrar un lugar ideal para descansar, mientras el sol proyecta sus últimos rayos, mi cuerpo desciende y se acurruca bajo el resguardo de un alto e imponente maguay. Tras haber dormido el tiempo suficiente como para que mi cuerpo se encuentre más relajado, me alisto para continuar mi camino, pero no sin antes hacer uso de las pocas provisiones que me quedan, un trozo de pan cuidadosamente envuelto en una servilleta tejida y unos cuantos tragos de mi cantimplora. Al momento de morder aquel preciado trozo de alimento se acerca cuidadosamente a mí un pequeño desconocido, un conejo de pelaje gris opaco, se acerca con cautela sin dejar de observarme fijamente, a mí y a mi comida, mientras bebo un trago del preciado y escaso líquido, aquella pequeña criatura sin inmutarse me mira con detenimiento.

Me dispongo a ofrecerle un trozo de mi alimento en la palma de mi mano, se acerca con cuidado y comienza a comer y yo decido acompañarlo, una vez terminado nuestro bocado, le ofrezco lo último de mi cantimplora y se decide a saciar su sed rápidamente; una vez que terminó, me dirigió un último vistazo y corrió a la lejanía guiando mis ojos hacia su silueta.

Aquella sombra reflejada por la luz de la luna, no tiene comparación, aquella piel morena y pelo castaño, sus rasgos y belleza que podría reconocer sin titubear frente a una gran multitud, su esbelta figura cobijada por aquel camisón que bajo las resplandecientes estrellas da la impresión de estar empapado de miles de pequeños diamantes, aquella sonrisa que logra que mi corazón de un vuelco cada vez que la veo.

Al momento que sus pequeños y delicados labios comienzan a moverse, el viento sopla y este me transmite sus palabras, “El camino ha sido arduo, pero tu corazón te ha mantenido fuerte, ya casi se ha terminado y tu familia ansía verte”.

Tras estas palabras, un rayo cruzó el cielo desviando mi mirada; al retomar la vista en su dirección, se había marchado, pero la lluvia llegó en su lugar y con ésta, el tramo final.



15

EL GUARDIÁN

María Fernanda Calvo Banda

En un lejano y olvidado rincón del mundo, un desierto tan extenso que parecía engullir el horizonte, vasto y solitario, habitaba una criatura única y enigmática conocida como el Guardián del Desierto.

El Guardián era un ser etéreo y majestuoso, con una figura humanoide envuelta en túnicas de arena que ondeaban al viento y unos ojos profundos como pozos de agua en medio de la sequía. Su tarea era proteger el desierto y mantener el equilibrio en el ecosistema, pero también era conocido por otorgar deseos a aquellos que lograran encontrarlo y demostraran valentía y sabiduría.

Un día, un joven llamado Mateo, cansado de la monotonía de su vida en el pueblo, decidió adentrarse en el desierto para encontrar al Guardián y pedirle un deseo. Preparó su morral con provisiones y, con determinación en su corazón, se adentró en la inmensidad de arena y sol.

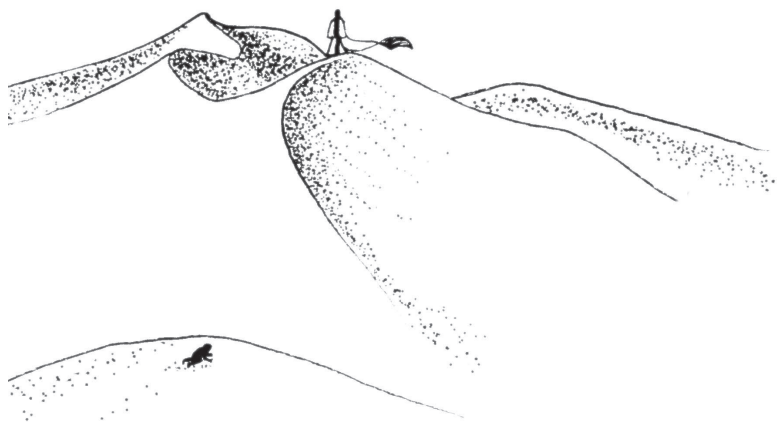
El desierto era un lugar implacable y despiadado, pero también encantadoramente hermoso. Las dunas de arena parecían olas en un océano infinito y las noches estrelladas llenaban el cielo de una sinfonía de luces parpadeantes. A medida que Mateo avanzaba, comenzó a comprender y a apreciar la belleza y el misterio de aquel lugar.

Después de días de caminar, Mateo encontró por fin al Guardián del Desierto, quien lo observaba desde lo alto de una duna. El Guardián le habló con una voz suave y resonante: “Has demostrado valentía y perseverancia al adentrarte en mi reino. ¿Cuál es el deseo que anhelas?”

Mateo, quien había reflexionado mucho durante su travesía, respondió: “He aprendido a apreciar la belleza y la sabiduría del desierto, y deseo llevar un poco de esta magia a mi pueblo. Quiero que las personas entiendan y respeten el valor de este lugar y sus secretos.”

El Guardián sonrió y asintió con su cabeza de arena. “Tu deseo es noble, joven Mateo. Te concederé una semilla mágica que, al plantarla en tu pueblo, hará crecer un árbol que otorgará sabiduría y comprensión a todos aquellos que descansen bajo su sombra.”

Mateo agradeció al Guardián y regresó a su pueblo con la semilla en mano. Al plantarla, un árbol majestuoso y resplandeciente surgió del suelo, sus ramas extendiéndose como brazos protectores sobre el pueblo. Los habitantes se reunían bajo el árbol, y poco a poco, aprendieron a apreciar y respetar el desierto y sus misterios. El pueblo y el desierto convivieron en armonía, uniendo a los hombres con la tierra y recordándoles la importancia de cuidar y respetar la naturaleza que los rodeaba.



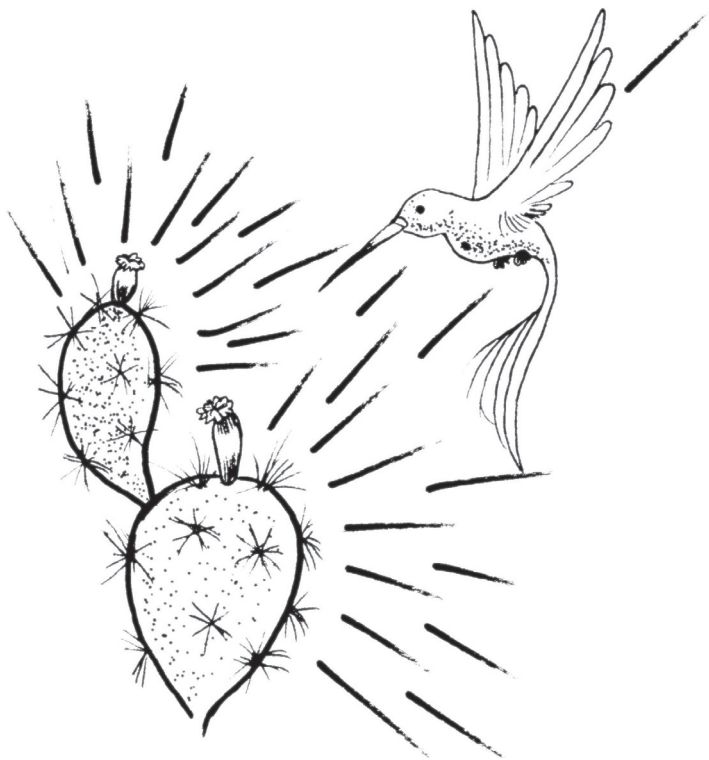
16

VOLANDO POR AQUÍ Y SIN ROCÍO POR ALLÁ

Jennifer Leonor Rodríguez Hernández

Existe un lugar donde las noches son frías como el invierno y las tardes ardientes como las brasas, ahí mismo se encontraba Trochi, un colibrí que vivía en la cabeza de su tío Filo, un frondoso cactus, y con sus hermanas, conocidas como Remedios, unas lindas flores que se encargaban de calmarle la sed a Trochi con gotas del rocío que ellas recolectaban cada mañana del cielo. Un día, el viento en forma de torbellino zangoloteó a sus hermanas llevándose la mayor parte de rocío, haciéndolas sentir muy tristes; a pesar de ello, lograron que Trochi tomara las pocas gotas que les quedaron, pero él siguió sediento. Más tarde, Trochi escuchó susurros del viento, disculpándose con ellas por lo que hizo, contándoles cómo este lugar lo dejaba seco cada que pasaba, después les habló sobre la majestuosa y noble nube conocida con el nombre de Nimba, que siempre lucía un aspecto grisáceo, explicándoles que tenía el don de bajar miles de gotas de rocío a la vez, dándole el nombre de lluvia, por esa razón a Trochi le entró curiosidad por conocerla, para saber si en realidad existía Nimba o si se trataba de solo mentiras, por ello, antes de que cayera la noche, comenzó a volar hasta lo más alto que podía para buscarla; durante el trayecto empezó a ver cómo a su alrededor tomaba un aspecto oscuro en donde los rayos del sol eran embestidos uno por uno, al ya no poder ver nada hizo un intento para regresarse, pero fue en vano, enseguida se dio cuenta de que en realidad se había topado con Nimba. Trochi conversó un poco con ella para pedirle de favor gotas de rocío, ella al instante le dijo que sí, con la condición de ofrecerle un lugar cálido para descansar y si le gustaba el lugar, volvería ayudarlo a él en lo que necesitara. Trochi accedió al trato y la fue guiando hasta donde él vivía, de pronto Nimba fue haciéndose más grande y empezaron a aparecer rayos y relámpagos, porque sin ellos no podría dejar caer una gran lluvia, lo inesperado fue cuando comenzó a inundarse el sitio.

De pronto tío Filo al sentirse amenazado por no saber lo que estaba ocurriendo y comenzó a lanzar descontroladamente a todas direcciones sus más grandes y picudas espinas, con ellas deshizo por completo a Nimba, haciéndole desaparecer sus poderosos estruendos y tonalidad que la caracterizaban, al dejarla en pequeños trozos parecidos a los algodones. Trochi no pudo parar las cosas a tiempo, pues una de las espinas lo dejó herido, impidiéndole volar. Desde entonces ninguna otra nube como Nimba ha vuelto a visitar ese lugar y Trochi enseñó a su tío Filo a no ser hiriente con quién aún no conoce.



17

VOCES DEL DESIERTO

Julián Galván Espinoza

Había una vez, en una región árida y solitaria del altiplano, un desierto que parecía no tener fin. En aquel lugar, las dunas de arena se extendían hasta donde alcanzaba la vista y el sol ardiente lo dominaba todo. A pesar de su aparente desolación, el desierto estaba lleno de vida y misterio, pues allí se escondían las enigmáticas Voces del Desierto.

Cuentan que, entre los viajeros y exploradores que se aventuraban en esa inhóspita tierra, algunos escuchaban voces que los guiaban en su travesía. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde provenían esas voces ni por qué ayudaban a quienes se internaban en el desierto, pero se decía que pertenecían a seres mágicos que velaban por el equilibrio de aquel ecosistema.

Un día, un joven aventurero, llamado Raúl, decidió internarse en el desierto en busca de las legendarias Voces del Desierto. Llevaba consigo solo lo indispensable: agua, alimento y una pequeña tienda de campaña. A medida que avanzaba, el paisaje se volvía más y más monótono y Raúl comenzó a sentirse abrumado por la inmensidad del desierto.

Cuando la desesperación estaba a punto de vencerlo, Raúl escuchó una voz suave y melodiosa que parecía provenir del mismo viento. Siguió la dirección de la voz y, para su sorpresa, encontró un pequeño oasis en medio de la arena. Allí pudo refrescarse y reponer fuerzas antes de continuar su búsqueda.

Días más tarde, Raúl se encontró en un laberinto de rocas y cañones, y no tardó en perderse. Sin embargo, una vez más, las Voces del Desierto acudieron en su ayuda. Esta vez, varias voces se unieron en un coro armonioso que lo guió a través de los estrechos pasajes hasta llevarlo a un lugar seguro.

Convencido de que las Voces del Desierto eran reales, Raúl decidió dedicar el resto de su vida a proteger y preservar aquel mágico lugar. Se instaló en el altiplano, donde fundó un pequeño poblado y enseñó a sus habitantes a escuchar y respetar las voces del desierto. Con el tiempo, el poblado creció

y prosperó, pero sus habitantes nunca olvidaron la deuda que tenían con las misteriosas Voces del Desierto. Y así, en medio de la aridez y de la soledad, las Voces del Desierto siguieron siendo brújula y aliento para aquellos que se adentraban en sus dominios, porque, aunque el desierto puede parecer un lugar inhóspito y desolado, también es un territorio lleno de magia y sabiduría para aquellos que saben escuchar.

El libro
Voces del desierto
se terminó de imprimir en
julio de 2024
en los Talleres gráficos de la UASLP
Av. Topacio s/n colonia Valle Dorado
con un tiraje de 150 ejemplares

Coordinación editorial: Patricia Flores Blavier
Ilustración y diseño editorial: Rafael Jeshua Rivera Gallegos
Cuidado editorial: Brenda Mora Castillo
Cynthia Gisela Castillo Vargas



La creatividad literaria está presente de manera cotidianamente en la vida universitaria, fomentarla y estimularla es una labor importante de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Bajo esta premisa, en 2023 se abrió la convocatoria del Concurso de Cuento Breve “Voces del Desierto” para la comunidad de la Unidad Académica Multidisciplinaria Región Altiplano (UAMRA), en el marco de la conmemoración del Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor. Las obras recibidas para esta convocatoria hoy se han convertido en una publicación que fue posible gracias al trabajo colaborativo entre la Unidad Académica Multidisciplinaria Región Altiplano, la Dirección de Fomento Editorial y Publicaciones y la Secretaría de Difusión Cultural de esta Universidad.

Esta compilación de obras, escritas mayormente por miembros de la comunidad académica del UAMRA, nos demuestra la necesidad permanente de estimulación artística de estudiantes, académicos y administrativos de nuestra Universidad, y que forma parte de la vida cultural en cada una de las regiones donde está nuestra Alma Mater y hoy puedes atestiguarlo al adentrarte en esta obra. Indudablemente encontrarás en esta muestra interesantes expresiones literarias con el tema del desierto, voces y técnicas diversas que se unen a través de reflexionar acerca de los contextos de nuestro altiplano potosino, por lo que te invitamos a leer y a conocer las voces que hablan desde, en y con el desierto.

Lic. Cynthia Valle Meade
Secretaria de Difusión Cultural



ISBN-13: 978-607-535-422-4



9 786075 354224